

Sobre las fuentes orales y las realidades virtuales: reflexiones a propósito de los registros de experiencias discontinuas.*

Juan Sisinio Pérez Garzón

Universidad de Castilla-La Mancha

En las intervenciones de las profesoras Mercé Vilanova y Miren Llona se han precisado las cuestiones metodológicas que se anudan en torno a las fuentes orales y a su relevancia en nuestro oficio historiográfico. Se puede afirmar que la historia oral como fuente y como método, vinculada en su desarrollo sobre todo a la antropología, se ha integrado en la investigación histórica para introducir nuevos temas y para ampliar perspectivas que no eran frecuentes en el mundo académico hasta fechas recientes. Sin que sea ahora el momento de hacer balance al respecto, es justo recordar que las fuentes orales han constituido un soporte decisivo para el despliegue de nuevas facetas historiográficas, como la historia de las mujeres, el rescate de sectores sociales silenciados o la recuperación de comportamientos culturales y el análisis de cuestiones culturales identitarias. Temas todos ellos que, por lo demás, obligan a prolongar el diálogo entre historia y antropología, por más que a veces parezca tenso en sus lindes académicas.

Por todo esto, y puesto que no tengo el aval de un trabajo cualificado en el uso de las fuentes orales, quizás mi intervención sea más útil si explico las cuestiones que me han surgido de la lectura de las propuestas de Mercé Vilanova y en especial las suscitadas por Miren Llona. Una lectura que he realizado justo en esas semanas en que todos hemos tenido ocasión de ver el uso y abuso de otras fuentes como prueba de objetividad: me refiero a las imágenes de los supuestos autores del atentado del 7 de julio en el metro de Londres, captadas por una cámara de control y seguridad.

* Este capítulo de libro está publicado en Santiago Leone y Fernando Mendiola (coords.), *Voces e imágenes en la historia. Fuentes orales y visuales: investigación histórica y renovación pedagógica*, Universidad Pública de Navarra, 2007, pp.59-75.

Se trata de nuevas fuentes, son visuales, mecánicas, aparentemente incuestionables, y se ofrecen como argumento incuestionable para reconstruir hechos históricos sin la subjetividad del testimonio personal. No se ha cuestionado ni la fragmentación de las imágenes ni la selección ni la discontinuidad de las mismas. Ahora bien, la idea transmitida es obvia: la cámara no miente. Y si la cámara no miente ¿miente entonces la persona? ¿se trata de la oposición entre subjetividad y objetividad? ¿Fuentes visuales versus fuentes orales?

La cosa no es tan sencilla. El hecho es que los historiadores, si antes teníamos el desafío de la literatura, de la novela, o de la crisis epistemológica de las ciencias duras, ahora nos enfrentamos con lo que se ha dado en llamar *realidad virtual*. No es que la historiografía dependa en un grado insospechado de mitos y ficciones, porque lo que los contemporáneos escribieron sobre su propio tiempo fue modelado y cincelado por formas literarias, no es que seamos parte de la discusión filosófica paralela sobre la naturaleza del conocimiento y de la realidad, sino que ahora ciertamente el espejo de la naturaleza está roto y lo que nosotros solíamos llamar realidad tiene la apariencia de ser una representación. ¿Será, por tanto, el trabajo del historiador un representar la representación? La virtualidad se predica de aquello que tiene eficacia para producir un efecto, pero que no lo produce con su presencia palpable, sino que su realidad está implícita o tácita porque se trata de una existencia aparente, esto es, que es visible, que tiene determinado aspecto y se manifiesta como tal, aunque no controlemos su verdad efectiva como realidad.

En este sentido, las ya clásicas fuentes orales y las nuevas fuentes procedentes de medios virtuales nos obligan a replantearnos la comodidad metafísica de la autoridad de los documentos con lo que construye el historiador una explicación racional y natural, con pretensiones de objetividad universal. Es necesario, pues, sistematizar algunas reflexiones sobre nuestro oficio y sobre la construcción de la historia como saber social, como memoria colectiva y como relato cultural y crítica de futuro.

1.- Condicionantes y exigencias del quehacer historiográfico:

No se puede eludir el poder de las representaciones y de las realidades mediatizadas como condicionantes de nuestra profesión, porque el concepto de realidad, a pesar del largo debate filosófico que alberga, sigue siendo indispensable para los historiadores. Está inscrito en nuestro quehacer el viejo y prolongado análisis de la ideología y su relación con los saberes humanísticos, así como la exigencia profesional de representar y retratar los múltiples puntos de vista, de los conquistados y de los conquistadores, de los sometidos y de los poderosos¹. Siempre. Por eso, más que insistir en las inseguridades intelectuales en repetidos congresos y seminarios entre especialistas, más que reiterar el destronamiento de los clásicos paradigmas, más que lamentarnos del *desmigajamiento* de un conocimiento histórico, que construido a lo largo de los dos últimos siglos parece iniciar un proceso de "deconstrucción" ante la eclosión de múltiples fuentes históricas en la era del internet y de los *mass-media* que nos han multiplicado exponencialmente los temas y objetos de investigación, más que todo eso, en unas décadas en que la productividad de la investigación misma ha crecido de modo extraordinario, el reto consiste ante todo en la innovación para atender las finalidades de la historia.

Es justo, por tanto, reconocer que estamos endeudados con los debates conceptuales y metodológicos que, a propósito de la disciplina de la historia, han enriquecido la reflexión de la especie humana sobre su propio devenir y que han planteado las múltiples asechanzas que surgen al pretender vertebrar un saber científico. En todos ellos se encuentra la necesidad del conocimiento histórico-sociológico, tan antigua y tan universal como la necesidad del conocimiento de la naturaleza. Una humanidad, global o parcial, que no tuviese conciencia de su propio pasado sería tan anómala como un individuo amnésico. Tanto para los grupos sociales como para las personas individualmente, la memoria no es un registro, sino una construcción. En cada época se ha tenido memoria del pasado, construida sobre parámetros cambiantes. El mito encerró la forma más primitiva de historia, con su propia lógica interna. La crónica

¹ Es un debate clásico, sólidamente recogido en dos obras, la de Kurt LENK, *El concepto de ideología. Comentario crítico y selección sistemática de textos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982; y Robin BLACKBURN, ed., *Ideología y ciencias sociales*, Barcelona, Grijalbo, 1977.

surgió como relato de acontecimientos singulares de una época, constatados desde una óptica interesada. Del Renacimiento a la Ilustración coincidieron fórmulas historiográficas que iban del género literario a la elaboración de sistemas coherentes de explicación. Nosotros, en los inicios del siglo XXI y con las nuevas propuestas de fuentes para la historia, nos encontramos como deudores de los planteamientos que sobre la historia se realizaron desde distintas ópticas en el siglo XIX, todas ellas al socaire del progreso y de los deslumbrantes avances en el conocimiento de la naturaleza.

Hoy, sin embargo, la multiplicación de fuentes y temas, la interdisciplinariedad insoslayable e incluso el desbordamiento del poder académico por el poder mediático, todo ello hace que resulte superado el debate entre objetivismo y subjetivismo, o entre el carácter nomotético o comprensivo de la historia. Se puede afirmar que hoy nos preocupa ante todo el relacionismo y el constructivismo, tal y como, por ejemplo, lo ha planteado un autor justamente rehabilitado, Norbert Elias, quien enmarcó sus investigaciones empírico-teóricas en un doble supuesto. Primero, que sus “objetos” son al mismo tiempo “sujetos” que tienen representaciones de su vida en la sociedad (a diferencia, por ejemplo, de los átomos de los físicos), y en segundo lugar, que los investigadores sociales (historiadores, economistas, sociólogos, periodistas, etc.) también forman parte del objeto de estudio. Por eso es necesario desplegar una dialéctica entre el distanciamiento y el compromiso. Distanciamiento desde el rigor para desmarcarse de las ideas preconcebidas, y compromiso porque es indispensable acceder a la experiencia que tienen los hombres de su propio grupo o de otros, a diferencia del físico que no necesita sentir como un átomo para comprender la estructura de una molécula².

En definitiva, y ciñéndonos a la relación cognoscitiva de la ciencia histórica, cualquier elección y cualquier disposición de hechos históricos está en relación con un sistema de referencias del que es deudor el historiador. El distanciamiento preconizado por el citado Norbert Elias es imprescindible y debe ser tarea conscientemente asumida. Con demasiada frecuencia los historiadores profesionales -y los demás intelectuales- no son conscientes de los conceptos que organizan los materiales de su disciplina. Se

² Norbert ELIAS, *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*, Barcelona, Península, 1990.

escribe mucho de técnicas de este oficio y de crítica de documentos, pero la estructura de la explicación histórica, el fundamento de esa explicación, es una amalgama de ideas inculcadas al azar, casi nunca sometidas a una crítica rigurosa de su propia práctica profesional. Es más, en sus análisis históricos concretos, no aplican lo que profesan.

Sin adentrarnos en los modelos teóricos sobre el proceso de conocimiento, extraemos de los respectivos planteamientos que en cualquier proceso de conocimiento se da una interacción específica entre el sujeto cognoscente y el objeto de conocimiento. Un punto de partida que se obligatoriamente se sitúa en el primer plano cuando abordamos el uso de las fuentes orales y de los documentos ofrecidos por recursos o medios virtuales. En este caso, es importante subrayar que más que el principio de preponderancia de uno de los elementos de la relación cognoscitiva (sujeto/ objeto), en estas nuevas fuentes se despliega de forma radicalmente insoslayable el principio de su interacción. El sujeto desempeña un papel activo en el proceso cognoscitivo con el que se produce la fuente oral o los documentos virtuales. El productor de la fuente, el sujeto, está inmerso en condicionantes sociales que introducen en el acto cognitivo una visión de la realidad transmitida socialmente. Por lo demás, esa interacción se produce en el marco de la práctica social del sujeto que percibe al objeto en y por su actividad. Y así es como se reconstruye el objeto cuando ya se produce como fuente para el historiador. De este modo, cuando en las fuentes orales o en los documentos virtuales hablemos de un "sujeto cognoscente", más que una acepción individualista subjetivista, estaremos haciendo referencia a su contenido social objetivo. Esto es, que la persona es en su realidad el conjunto de relaciones sociales, un ser social, producto y productor de cultura, de su cultura.

Es necesario traer a colación, a este respecto, tanto las reflexiones del citado N. Elias, como el constructivismo de P. Bourdieu, la teoría de la estructuración de A. Giddens, o las teorizaciones sobre las interacciones en las estructuras sociales como las de Jon Elster sobre los límites de la racionalidad individualista y los problemas del yo múltiple, para corroborar que los ingredientes de subjetividad en las fuentes orales y en los documentos visuales y virtuales no tienen un carácter individual y arbitrario, sino que plasman de modo objetivable las mediaciones sociales, por lo que este factor subjetivo se interpreta como un contenido objetivo-social del propio proceso de

conocimiento³. Sin adentrarnos ahora en toda la complejidad del asunto, baste retener, tal y como hizo P. Bourdieu, por un lado la propuesta de Marx de que la realidad social es un conjunto de relaciones de fuerzas entre grupos sociales históricamente enfrentados, y por otro la Weber, que la realidad social es un conjunto de relaciones de significado, que tiene un dimensión simbólica. Por eso, para Bourdieu las representaciones y el lenguaje participan en la construcción de la realidad social, pero no constituyen lo determinante de esa realidad, porque es necesario que se cumplan ciertas condiciones sociales externas a las representaciones y a los propios discursos para que éstos tengan cierta eficacia sobre la realidad. Es cierto que esas condiciones favorables han de estar previamente inscritas en las mentes y en las instituciones⁴. Se trataría, por tanto, cuando hablamos de fuentes orales y virtuales, de tener en cuenta los efectos que la dimensión simbólica de la realidad social provoca sobre la manera de concebir las relaciones de dominación, de asimetría de recursos, entre individuos y grupos, entre conocimiento erudito y común, entre exigencias de una información mediática inmediata y su elaboración posterior, entre el testimonio del testigo o del militante y la memoria del protagonista o de la institución...

2.- Las nuevas fuentes o la apertura del canon metodológico.

En efecto, el modo de pensar objetivador iniciado por Grecia, desplegado en Europa y extendido planetariamente a través de la civilización tecnocientífica, incluyó la historia como la ciencia de la realidad que nos construía en el tiempo y cuyo conocimiento nos aportaba verdades sociales y certidumbres personales. Sin embargo, en los inicios del nuevo milenio, es preferible hablar de pensamiento histórico recuperando la etimología griega del pensar, del *logos*, que abarca también al lenguaje, de tal modo que la historia sea un pensamiento de las culturas diferentes que en su

³ Sólo algunas obras básicas de estos autores: Pierre BOURDIEU, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991 (ed. or. 1980); Anthony GIDDENS, *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, University of California Press, 1985; y Jon ELSTER, *El cemento de la sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1991.

⁴ De Pierre Bourdieu, ver el citado supra: *El sentido práctico*, y también: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995; y *Capital cultural, escuela y espacio social*, Mexico-Madrid, Siglo XXI, 1997. Además, la obra recopilatoria de P. BOURDIEU, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.

devenir y en su especial constitución se ligen como realidades sociales con la propia voluntad de conocer que supone el lenguaje, que, casi por principio, instrumentaliza lo que conoce. Un hecho multiplicado exponencialmente en la actual globalización de lo que se ha definido como sociedad-red, cuando la información nos aproxima las realidades de todo el planeta de modo tan inmediato como mediático y mediatizado.

El horizonte del pensar históricamente se ofrece, por tanto, como un simple estar vivo sobre la tierra, sobre las cosas, en la naturaleza y en las experiencias de vida social y en la constante confluencia de lenguajes e informaciones que se interpenetran e intercambian. La particular localización de la historia en nuestro pensar es lo que determina que se piense con el poder convocador de la palabra y de la imagen, y si cada lenguaje articula el horizonte de comprensión de cada cultura, en tal caso el reto es la articulación de los diversos recursos culturales que hoy nos inundan de modo tan fabuloso como fabulador para la construcción de relatos y representaciones. Las nuevas fuentes nos obligan a la pluralidad y al conocimiento de una realidad tan global como local, tan universal como heterogénea.

Por eso, si la subjetividad había estado relegada al desván de las ciencias sociales mediante un acto de exclusión programático y deliberado, ahora, con las fuentes orales y virtuales se impone no la vuelta del subjetivismo como norma sino ante todo el rescate de las voces de los distintos sujetos que protagonizan los procesos sociales. La obsesión por un objetivismo mecánico y físico había negado validez a la subjetividad como si ésta no fuera una realidad de la experiencia social. La narrativa dominante, y en eso seguimos instalados, habla *por* los individuos o *de* ellos. Ahora, sin embargo, los individuos nos pueden ofrecer su testimonio, sea oral o de imágenes, virtual o mediático. Se multiplican voces y subjetividades ante el asombro y la angustia del historiador, cómodamente instalado hasta ahora en documentos ofrecidos por instituciones y burocracias de presunta garantía objetiva. El reto consiste ahora en volver a la desordenada realidad física de la cual necesariamente emanan los hechos históricos en su uso humano. Más que angustiarnos por la construcción de respuestas globales y falsamente sistemáticas, en su lugar, mejor sería hablar de un modo limitado y concreto sobre la realidad social.

Las fuentes orales y virtuales pueden, en este sentido, desbloquear el canon metodológico y disciplinar que, en nombre de la investigación histórica y de los paradigmas clásicos, ha convertido la abstracción científica en su dios, a los individuos de carne y hueso en sus víctimas, y a los historiadores profesionales en los únicos agentes consagrados y autorizados de tal saber. Las nuevas fuentes, en efecto, nos pueden zarandear esa ética no cuestionada de la objetividad y del realismo basada esencialmente en una epistemología de la separación y la diferencia. Nuestro trabajo diario como historiadores, en la práctica, por más que hagamos reflexiones sobre el lenguaje, el posmodernismo y la crisis de los paradigmas, sigue anclado en la precisión de unas palabras que, como conceptos, garantizan su propia confirmación mediante la cuidadosa selección de pruebas, la incorporación y subsiguiente neutralización del disenso, y todo ello contando con el apoyo de unas redes de expertos que nos confirman la validez de nuestro oficio en un acto de autoconvalidación gremial.

Acontecimientos recientes relacionados con la historia oral, como el más famoso del ex-presidente de la *Amical de Mauthausen* que se construyó una autobiografía heroica, han vuelto a poner en cuestión que la experiencia directa de los acontecimientos no es necesariamente la mejor senda hacia su comprensión, porque el individuo no sólo está estrechamente limitado por sus sentidos y nunca percibe más que una pequeña parte del proceso, sino sobre todo porque se fabrica inevitablemente su historia para explicarse a sí mismo. Una objeción que igualmente se ha trasladado a la historia del presente, porque éste no tiene un horizonte suficientemente dilatado como para comprender las realidades que convergen en todo hecho histórico.

Sin embargo, sin negarle relevancia a tales objeciones y siendo conscientes de los errores que se pueden incubar en cualquier proceso de investigación, las fuentes orales nos permiten incluir y recordar experiencias históricas, en lugar de simplemente enfocarlas o codificarlas. El canon empírico dominante necesita abrirse para abarcar, clarificar, reinterpretar y redescubrir la experiencia real de grandes grupos de gente. La experiencia histórica, las experiencias del exilio, del sometimiento, de la explotación, del desplazamiento, abren la renovadora presencia de una realidad prohibida u olvidada que ha presidido la experiencia humana bajo una enorme variedad de formas. En este sentido, las fuentes orales, como los documentos virtuales, nos permiten conocer una pluralidad de voces para construir un más amplio y rico espectro de posibilidades de

interpretación. Sin duda, con esta apertura del canon, desplazamos la autoridad tradicional a favor de otra nueva, probablemente rebelde, construida a partir de un nuevo inventario de experiencias:

Las nuevas fuentes, por tanto, podemos catalogarlas como registros de experiencias discontinuas, que no se encuentran en las crónicas oficiales ni en esas tradiciones con las que el Estado recopila la imagen de sí mismo. Las nuevas fuentes nos pueden suministrar las historias disonantes del disenso, la protesta y la resistencia, a sabiendas de que esos registros de experiencia también son construcciones de lenguaje y de tradición. Construcciones que se abren en la perfecta red del tejido temporal activo para ampliar el escenario de la diversidad social, para comprender el coro plural de todo proceso humano, para enfatizar la perspectiva del extranjero, del resistente, del subalterno. Metodológicamente no son neutras. Es obvio. En la retórica del oprimido, del silenciado, del dominado, hay que desentrañar su lenguaje para conocer los disimulos, alusiones y estrategias de oposición a la identidad suministrada por lo establecido. En definitiva, las nuevas fuentes nos remiten a la crisis del relato de una historia majestuosamente trazada. Pero tales fuentes no son el epifenómeno de la posmodernidad. Al contrario, el sello distintivo de lo moderno es que no hay ningún absolutismo –ni los del poder, ni los de la razón pura, ni los de la ortodoxia y la autoridad eclesiales- y justamente la modernidad nos compromete a estar libres de absolutismos.

En este encuentro organizado por *Fedicaria*, porque es precisamente un encuentro de los sectores más comprometidos de nuestra profesión, vale la pena enfatizar que más que un enfrentamiento entre modernidad y posmodernidad, tendríamos que reivindicar el tronco común de ambas recordando, por ejemplo, que el intento romántico de salir de una estructuración de las cosas, de decir lo indecible, de exaltar la libertad hasta romper el clasicismo y la ciencia, y apreciar a la vez las imperfecciones de la vida y sus misterios fue parte indisociable de la misma modernidad⁵. Por eso, para replantearnos el canon metodológico dominante y las fisuras que surgen a propósito de las nuevas fuentes, es previo reorientar los análisis que se han

⁵ Que fueron los románticos los que destruyeron las nociones clásicas de verdad objetiva y de validez ética, por ejemplo, es una revolución cultural que no se subraya suficientemente y para lo que resultan imprescindibles los trabajos de Isaiah BERLIN, *Las raíces del romanticismo (edición de Henry Hardy)*, Madrid, Taurus, 1999.

hecho de la modernidad, para no olvidar que la propia modernidad racional y científica encierra lo que magistralmente Marx sintetizó en la frase -“*todo lo sólido se desvanece en el aire*”-, lo que ha permitido a M. Berman subrayar que la modernidad es revolución y nihilismo, creación de nuevas experiencias y aventuras a la vez que destrucción de valores y de vidas, lucha para cambiar el mundo y apropiárnoslo, pero conservadurismo para asirnos a lo real, que ser modernos, en definitiva, es vivir una vida de paradojas y contradicciones, y no ese racionalismo esquemático y frío que algunos autores han propugnado y que ha descrito de forma cerrada la pretendida posmodernidad⁶.

En este sentido, las fuentes orales y los nuevos documentos que nos suministran los recursos mediáticos nos sitúan ante nuevos retos metodológicos. No podemos pensar que las fuerzas impersonales o a gran escala no sean decisivas, pero sí que tenemos que preguntarnos si los testigos, militantes, activistas, partidarios y gente corriente tienen de algún modo menos valor en la construcción de una historia que permita comprender a fondo las experiencias humanas que se albergan en todo proceso social. De este modo, estaríamos saliendo de la prehistoria de esa historia donde el documento escrito ha establecido su poder omnímodo, para dar paso a otra historia que permita combatir la estabilidad del documento escrito para expresar, con nuevos documentos y nuevos testimonios, una escritura de la historia erizada de afirmaciones y contraafirmaciones en disputa y con énfasis experimentales diferenciales.

3.- Coordinadas para la interpretación, y una coda para el caso de España.

Aunque las fuentes orales y los nuevos recursos que nos aporta la era del internet y de las videocam nos retan a inaugurar nuevas jerarquías documentales y nos obligan a reinterpretar datos y silencios, no por eso podemos prescindir de aquellas coordenadas que se han amasado a lo largo de un oficio secular y que, tras fructíferos debates, hoy quizás me atrevería a considerar que constituyen puntos de partida fundamentales en nuestro oficio. Son tres las coordenadas que se podrían catalogar de básicas para la interpretación de los datos y las experiencias suministrados por las nuevas fuentes.

⁶ Ver Marshall BERMAN, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI, 1988.

La primera, que las fuentes, sean textos o testimonios o recursos suministrados por las diversas posibilidades mediáticas actuales, todas ellas están siempre situadas en una posición de poder, esto es, que están involucradas en una cultura, unas ideas y unos relatos relacionados con el poder, con la política y con una colectividad a la que pertenece el suministrador de esas fuentes, documentos o testimonios, e incluso silencios. Esa situación en un entramado de poder y de ideas nos remite a una realidad insoslayable para entender los diversos lenguajes. La realidad de que el mundo está compuesto por dominantes y dominados, que hay dirigentes y dirigidos, porque nada en el mundo es *natural*. Esto nos conduce a la segunda coordenada metodológica: que una idea o sistema de ideas, una experiencia o un documento no es fruto de un individuo aislado, ni tampoco se comprende en exclusiva desde la perspectiva del dominante y del dominado, sino que es imprescindible desentrañar la relación entre ideas, relatos, instituciones y clases⁷. De este modo, las ideas que articulan un entramado cultural y desde las que se mueve cada individuo no sólo son elaboraciones que producen coherencia y densidad, sino que también se desarrollan con un aura propia de legitimidad, autoridad y autojustificación. En ese medio surgen las fuentes para el historiador y para comprender ese medio no podemos olvidar que la cultura, cualquier cultura, está compuesta por muchas áreas a menudo discontinuas.

Por eso, la tercera coordenada para nuestro quehacer historiográfico, que no se puede ni homogeneizar las realidades y experiencias históricas ni se deben contemplar como sujetas a leyes deterministas. En efecto, nos acecha un peligro doble. Por un lado, la tendencia a igualarlo todo bajo el parámetro del tiempo y a mediatizarlo todo con la obsesión nomológica por reformular la especificidad, la localidad y la identidad y así poder establecer la equivalencia y el análisis de conjunto. Por otro lado, la obsesión de nuestro oficio por contemplar la historia y la sociedad como si operaran de acuerdo a leyes de la economía, la sociología o incluso la filosofía universal, concebidas de modo más o menos determinista. El viejo empeño de construir nexos de sentido, esto es, totalizaciones, ya debe quedar siempre bajo el requisito de ser finito, contingente y provisional. El viejo empeño de construir nexos de sentido, esto es, totalizaciones, ya

⁷ Para comprender la relación profundamente compleja que hay entre las palabras, los textos, las imágenes, la realidad y la historia, conservan plena vigencia los escritos de Antonio GRAMSCI, *Cartas desde la cárcel*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975; y *Cuadernos de la cárcel*, México D. F., Era, 1985-1986, 4 vols. Ver, por otra parte, la recuperación que de los análisis de Gramsci plantea Edward SAID, *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*, Barcelona, Debate, 2005.

debe quedar siempre bajo el requisito de ser finito, contingente y provisional, aunque igualmente necesario para pensar el mundo de aunque igualmente necesario para pensar el mundo de forma concreta. forma concretaabierto y relativo⁸.

Pero todas estas cuestiones no pueden quedarse en el limbo de una proclama para escalas planetarias. En concreto, en España, si queremos entablar nuevas posibilidades de convivencia desde la historia, y si la realidad actual nos consterna o nos desespera, entonces es necesario reclamar más que nunca la necesidad de la historia de múltiples sujetos y culturas. La historia ya no puede asesinar a ciertos sujetos, porque la ética implica la permanente atención en nuestras prácticas científicas cotidianas de la alteridad que incluye no sólo al otro, sino a la naturaleza misma. Interrogarnos *para qué* la historia, no significa responder con utilidades sino con finalidades. El fin mismo de la ciencia social es su tarea política y ética, fin que disuelve la legitimidad de la división weberiana entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad.

Nuestro oficio de historiadores ha quedado zarandeado en la última década no sólo por el giro lingüístico y la posmodernidad, sino sobre todo por nuevas realidades que todavía no hemos asimilado suficientemente, tales como el creciente protagonismo de los valores que implica la igualdad de las mujeres en todos los ámbitos sociales, así como el reto multicultural que nos plantea la inmigración, sin olvidar los procesos de organización de España como sociedad política y como Estado para atender la pluralidad interna así como la integración en Europa y la inmersión en la *aldea global*. Semejantes embates han afectado a todos los conocimientos, sobre todo a las ciencias sociales, que ya no pueden ser habladas de modo unitario, sino como saberes plurales, instalados en la imprescindible adaptación a un mundo heteróclito y multifocal que, asumible como sistema global, más allá de algunas apariencias, todo lo puede tolerar y todo lo puede absorber ¿o acaso triturar y anular? Semejante mundo *multiverso* impone el frenesí de la interactividad y el constante flujo de información, lo que paradójicamente acentúa su opacidad, y ahí radica el reto de todas las ciencias sociales y

⁸ Es necesario remitirse a la obra de Javier ECHEVERRÍA EZPONDA, *Introducción a la metodología de la ciencia. La Filosofía de la Ciencia en el siglo XX*, Barcelona, Barcanova, 1989; y también a J. DUPRÉ, *The disorder of things. Metaphysical foundations of the disunity of science*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1993; P. KITCHER, *The lives to come. The genetic revolution and human possibilities*, Nueva York, Simon & Schuster, 1997; L. PRIGOGINE y STENGERS, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1990.

también de la historia, en reflexionar críticamente para clarificar lo que cierta estetización museística o conmemorativa de Estados y naciones impone a la historia como un saber reducido a instancias museísticas o a hagiografías comerciales. En España estamos rodeados de abundantes ejemplos al respecto.

En definitiva y ante todo, tenemos que quitarnos la idea de acoso del resto de las ciencias, para asumir con sensata humildad las posibilidades de un saber que necesita revitalizarse constantemente porque se sitúa en los intersticios de las experiencias humanas⁹. Además, en el caso de España, el marco fragmentado o complejo de nuestra profesión historiográfica se ha acentuado en las dos últimas décadas porque, a diferencia de otros países europeos y americanos, entre los historiadores españoles ninguno de los paradigmas clásicos ha sido nunca monóticamente dominante. Quizá sea éste uno de los rasgos más llamativos de nuestra producción historiográfica en España: que ninguna metodología cuajó de modo sólido, lo que bien es cierto que no permitió su esclerosis de poder académico, pero en cambio se tradujo en una versatilidad no exenta de seguidismo de modas sin asimilar. Todo esto, con un empirismo que sigue siendo la nota dominante, por más que, en encuentros y coloquios, nos hagamos reflexiones y cuestiones sobre los paradigmas, la libertad de miradas y las ortodoxias propias de los grandes metarrelatos.

Al final, nuestro oficio se desenvuelve en un enclaustramiento gremial preocupante: en la época de la televisión, de internet y de los *mass media*, cuando los periodistas llegan al lugar del conflicto antes que los propios soldados, cuando cualquier persona nos puede enviar por la cámara de un teléfono móvil la imagen del hecho, nosotros nos empeñamos en dar por sentado que la historia nos pertenece y que nosotros somos los únicos capaces de sistematizar y codificar tal multiplicidad de datos en un proceso comprensible y coherente en sí mismo. Sin embargo, el historiador del presente o que en futuras décadas analice el pasado, se encontrará con unos acontecimientos a los cuales los medios de comunicación ya han dado cohesión,

⁹ Juan José CARRERAS, "La historia hoy: acosada y seducida", en A. DUPLÉ y A. EMBORRUJO, eds., *Estudios sobre historia antigua e historiografía moderna*, Vitoria, 1994, pp. 13-19; Carlos FORCADELL, "La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regionallocal y el temor a la síntesis", *Studia Historica*, Salamanca, vol. 13-14, (1996) pp. 7-27; y O. CORNBLETT, comp., *Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

coherencia y permanencia. Volvemos así al punto de partida de estas reflexiones, a la llamada "crisis de representaciones", cuya polémica reabrió Hayden White al calificar los libros de historia como "artefactos literarios"¹⁰, y plantearnos el problema de la construcción discursiva de la realidad así como el papel del investigador en la creación de su tema de estudio. Ser conscientes, como historiadores, de las estructuras mentales que organizan nuestra disciplina, por más que conozcamos con precisión las técnicas de investigación y de crítica documental, significa la conciencia de la estructura condicionante del conocimiento en sí mismo: el dato decisivo del lenguaje, la propia praxis como realidad cognitiva y las impregnaciones ideológicas del historiador como expresión del tiempo social¹¹.

En conclusión, para el conocimiento histórico como para la memoria colectiva y las cuestiones que aborda la profesora Miren Llona, así como para las nuevas fuentes que nos zarandean la comodidad del documento clásico, se hace insoslayable plantear que el sujeto y el objeto constituyen una totalidad orgánica porque la relación cognoscitiva es siempre activa. Es el punto de partida para el oficio de historiador, lo que significa nada más y nada menos que aceptar que siempre está determinado socialmente, aunque no tenga conciencia de ser portador de un "*espíritu de partido*"¹². Si queremos construir, por tanto, un saber humanístico, como en su día exigiera E. P. Thompson frente al aletargamiento marxista y contra los nuevos idealismos, no podemos obviar que se trata de un saber enraizado en la *experiencia*, esa categoría que, por imperfecta que sea, es indispensable para el historiador, ya que "incluye la respuesta mental y emocional, ya sea de un individuo o de un grupo social, a una pluralidad de

¹⁰ Hayden WHITE, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992; y también, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992. En España, un caso relevante es el de J. LOZANO, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza, 1987, para quien "más que como escritura de la historia, a la narración se la puede observar como principio de inteligibilidad que afecta tanto a la producción del texto histórico como a su recepción" (p. 13).

¹¹ Cfr. Emilio LLEDÓ, *Lenguaje e historia*, Barcelona, Ariel, 1978, en especial "Universales lingüísticos y sociedad" y "Tiempo e historia".

¹² Para tales cuestiones, que aquí aplico al historiador, ver Peter L. BERGER y Thomas LUCKMANN, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972; A. SCHÜTZ, *Le Chercheur et le quotidien*, (ed. en francés), Paris, Méridiens-Klincksieck, 1987; y también B. LATOUR, *Ciencia en acción: cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*, Barcelona, Labor, 1992.

acontecimientos relacionados entre sí o a muchas repeticiones del mismo tipo de acontecimiento”¹³.

¹³ E. P. THOMPSON, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 19. Sus tesis provocaron el debate, ver, también desde el marxismo, Perry ANDERSON, *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI, 1985, quien se apoyaba en Imri Lakatos para demostrar que las características de la lógica histórica que Thompson considera excepcionales son el estado natural de todo conocimiento científico (provisionalidad, selección y falseabilidad). Más referencias críticas a las tesis de E. P. Thompson, en Miguel A. CAINZOS, "Clase, acción y estructura: de E.P. Thompson al posmarxismo", *Zona Abierta*, n° 50 (1989)